

Ac Esp - II - 171

**SOBRE EL PRESTIGIO DEL  
CAMPO ANDALUZ**

**DISCURSO**

LEÍDO ANTE LA

**REAL ACADEMIA ESPAÑOLA**

EL DÍA 9 DE DICIEMBRE DE 1962

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

**EXCMO. SR. D. MANUEL HALCÓN**

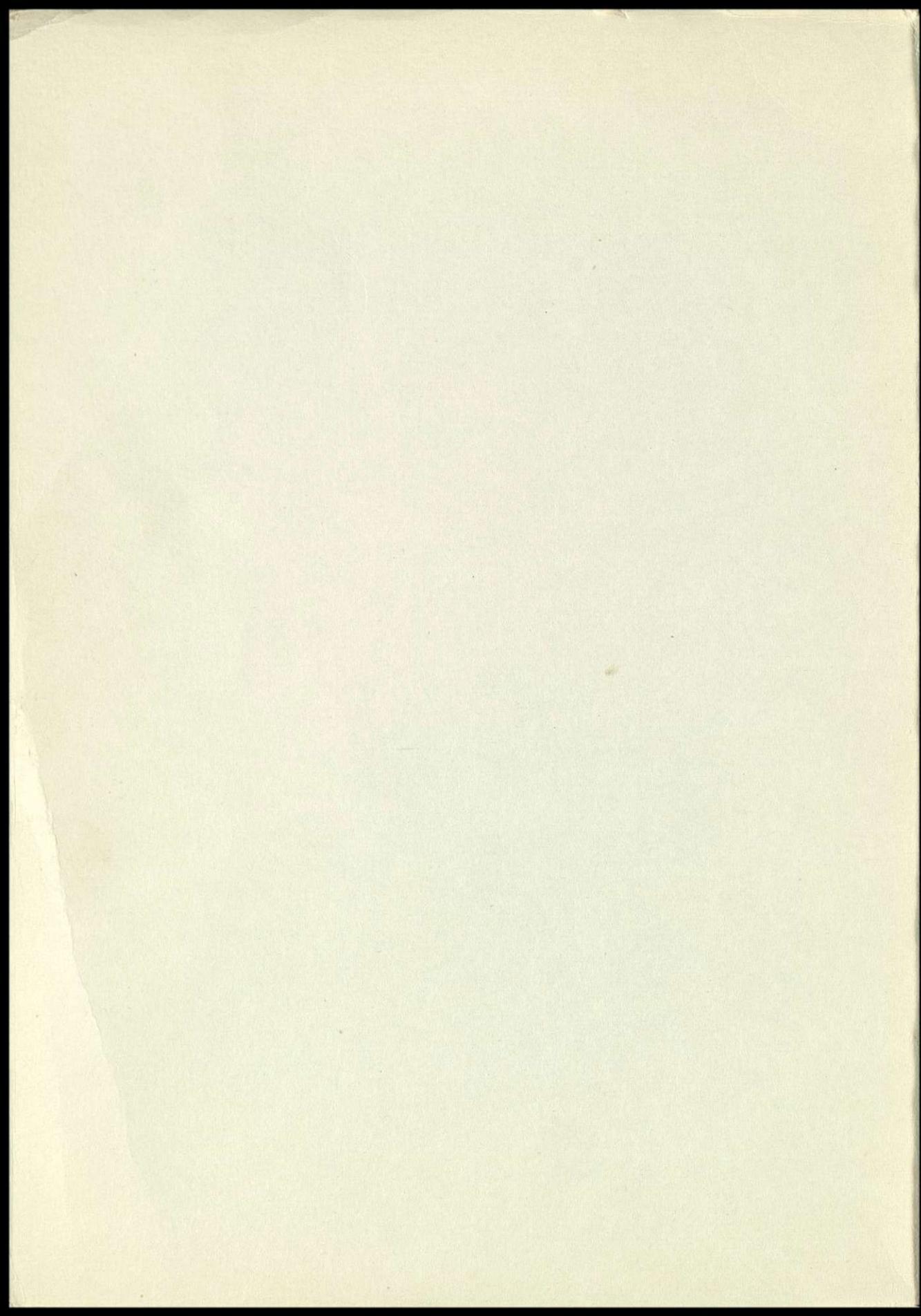
Y CONTESTACIÓN DEL

**EXCMO. SR. D. JOSÉ MARÍA PEMÁN**



MADRID

1962



SOBRE EL PRESTIGIO DEL CAMPO ANDALUZ

Depósito legal: M. 16.276.—1962.

---

Sucesores de Rivadeneyra, S. A.—Paseo de Onésimo Redondo, 26.—Madrid.

R. 13.492

# SOBRE EL PRESTIGIO DEL CAMPO ANDALUZ

## DISCURSO

LEÍDO ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DÍA 9 DE DICIEMBRE DE 1962

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

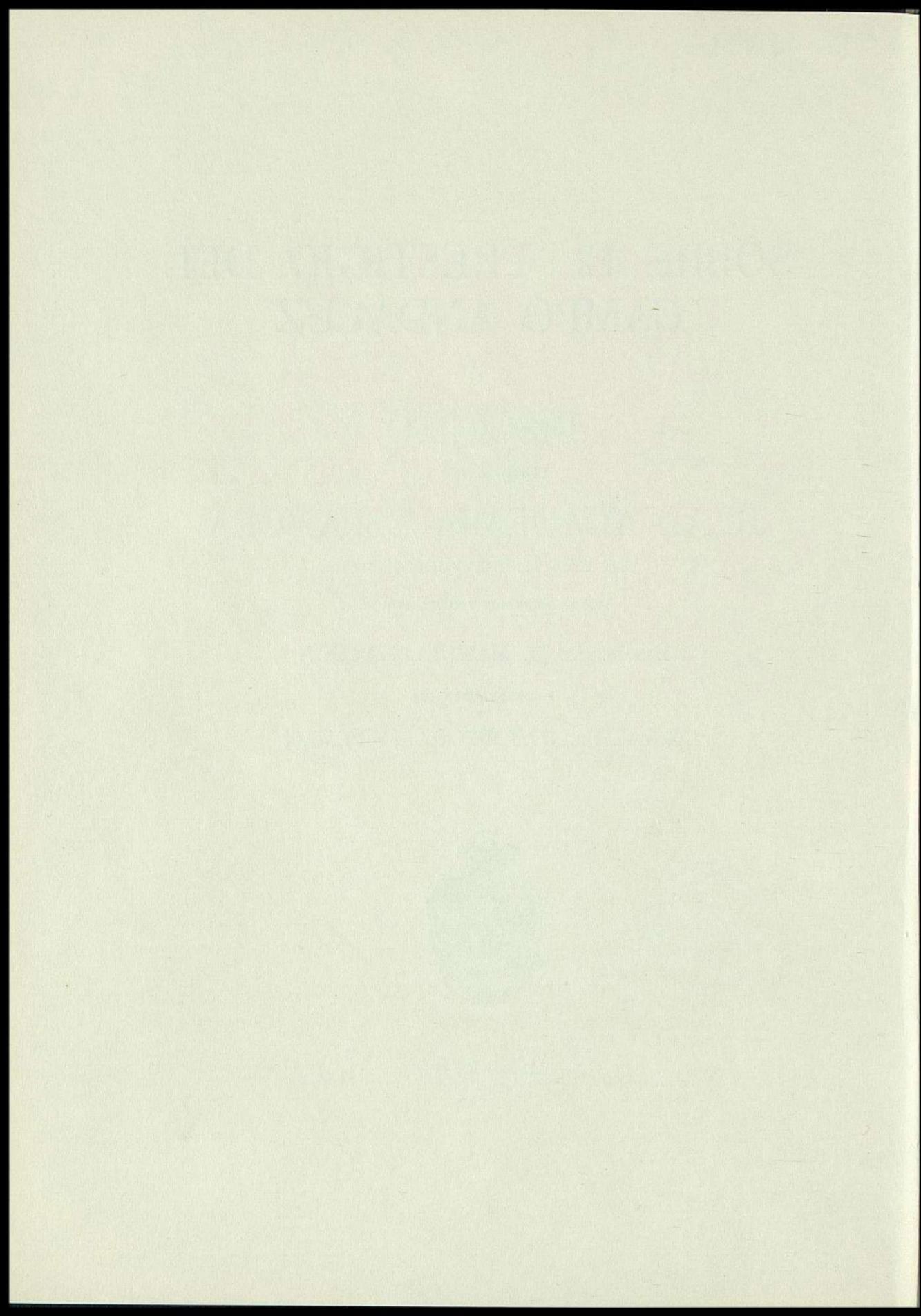
EXCMO. SR. D. MANUEL HALCON

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. JOSE MARIA PEMAN



MADRID  
1962



## SOBRE EL PRESTIGIO DEL CAMPO EN ANDALUCIA

Señores académicos:

Nada podría yo añadir al renombre de quien, como de Julio Rey Pastor, se ha escrito: "es el mejor matemático español de todos los tiempos" (1). He de resignarme a dejar pasar la ocasión que se me ofrece de elogiar cumplidamente su obra con conocimiento y rigor. No puedo oponer mi ignorancia a una de sus vivas afirmaciones en cátedra: "Toda demostración no rigurosa tiene un valor nulo".

Su fecundidad sobrecoge si se recorre en orden cronológico la cordillera de sus méritos. Nace en Logroño el año 1888. Cursa estudios superiores en Zaragoza. A los veinte años obtiene el premio extraordinario de la licenciatura de Ciencias Exactas.

A los veintidós obtiene el premio extraordinario del doctorado con una tesis sobre "Correspondencia de figuras elementales".

A los veinticuatro años la Academia de Ciencias premia su primer obra *Teoría geométrica de la polaridad en las figuras de primera y segunda categoría*. Y a esta edad ocupa la cátedra de Análisis Algébrico de la Universidad de Oviedo. A los veinticinco años (1913) traduce del alemán y anota *Lecciones de Geometría moderna*. Va pensionado a Alemania. A los veintiséis años, de regreso de Alemania, ocupa en la Universidad Central la cátedra de Análisis Algébrico.

En el Congreso de Valladolid es comentadísimo su gran discurso inaugural sobre "Valoración de la cultura matemática española".

---

(1) Ricardo San Juan.

A los veintisiete años publica *Elementos de análisis algébrico*, libro de texto que ha conocido más de veinte ediciones, escrito con una concisión y una precisión de métodos hasta entonces no igualado.

A los veintiocho años da a luz el tratado *Fundamentos de Geometría proyectiva superior*, con el que obtiene el gran premio "Duque de Alba". El libro *Introducción a la Matemática superior* se basa en el curso de conferencias dado en el Ateneo de Madrid, de gran resonancia.

De regreso de América, donde desarrolló un ciclo de lecciones, publica *Teoría de la representación conforme y Teoría de las funciones y sus aplicaciones físicas*.

A los treinta y dos años es elegido académico de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. A continuación publica obras de tanta monta como *Teoría de las funciones reales* y *Teoría de las funciones analíticas*.

En 1921 pasa de nuevo a América, llamado por la Universidad de Buenos Aires, para organizar la Facultad de Ingeniería. Allí se casa, funda una familia y arraiga.

En 1954 es elegido para ocupar la silla F de esta Real Academia, donde ha dejado muestras muy relevantes de su saber lingüístico. La última etapa de su vida, tan fecunda, la entrega con preferente dedicación a la Cartografía. Sus trabajos en esta actividad bastarían para acreditar a un hombre de ciencia.

La British Astronomical Association da el nombre de Rey Pastor a un cráter en la Luna, la manera más digna, hasta el presente, de estar en aquel astro.

Aquí, en este sitio, en la tarde del 1 de abril de 1957, don Julio Rey Pastor decía en su discurso de ingreso en esta Real Academia: "Bien está que biólogos y físicos integren vuestro equipo auxiliar porque el léxico novísimo de entrambas ciencias va trascendiendo al habla popular a compás de la evolución técnica de la vida, y quedaría trunco vuestro Diccionario si se omitiesen muchas palabras ya vulgares". Se refería a los medios de expresión en su actividad científica y, sin duda, a la de su antecesor en la silla, el ilustre naturalista don Emilio Fernández



Galiano. Al acercarme hoy, por vuestra benevolencia, al mismo sitio, me acompaña la creencia de que habéis estimado de mi modesta obra literaria el amor a la vida de la Naturaleza y mi condición de hombre de campo que conoce las limitaciones del lenguaje rural y que, si muchas palabras vulgares merecen subir a vuestro Diccionario, más es lo que de vuestros trabajos y rectoría lingüística puede aprovechar el campo.

Advierte Rey Pastor, refiriéndose a la Matemática: "Omitamos en nuestro léxico todo vocabulario filosófico y quedaría un catálogo de seres y acciones materiales apenas suficiente para una cultura primitiva". Del mismo modo podríamos reconocer que el campo se nublaría si le dejasen de pronto sin más luces que las suyas, sin otra terminología que la campera.

Hay dos cosas de las que el hombre de campo andaluz aún no tiene exacto conocimiento: que aquello que él ve a diario y toca sea paisaje; y de que su manera de hablar, por ser la más expresiva, sea también la más comprensiva, como pretenden algunos entusiastas de la vida al aire libre que escapan de la ciudad los fines de semana. A la mirada del labrador la campiña aparece descompuesta. Cada cosa es una idea concreta: el obstáculo, la interrogante. La unidad del paisaje sólo se produce en la mente del poeta primero, del pintor después. El paisaje fue dicho antes que pintado. La pintura helenística, cuando cala en el mundo sensible, no logra expresar efectos de luz y sí, en cambio, representó para los griegos un medio de expresión poética.

### *El tono en la voz.*

El campesino se entrega en el lenguaje. Eso sí, su último repliegue lo reserva para darlo con el tono de la voz, ante la que el gesto se contiene. El tono en la voz le conduce el pensamiento y permite al andaluz lastrar cualquier idea o dejarla suelta de pronto. El andaluz habla mucho, se goza en el habla, alarga el parlamento, porque le cuesta barata la imagen. Se dice que ello le impide detenerse y profundizar. ¿Acaso tiene interés en pro-

fundizar siempre? ¿Se debe profundizar a cualquier hora? Habla porque la palabra es vida. Porque ya tendrá tiempo de estar callado. Porque el canto es la emoción y no basta el canto. Su libertad está en el habla.

Los maestros analizan nuestras rarezas y no las critican ni las desaprueban. Dámaso Alonso rastrea en la Andalucía de la *E*, que creíamos embastecedora, y vuelve satisfecho de su gira sin poner reparo más que a los medios de transportes en la comarca. Hay una tolerancia castellana para la fonética andaluza que debemos reconocer y que, sin duda, ha sido provechosa. Con frecuencia nos ponemos pesados cuando seguimos explicando por el gusto de darle al organillo.

El campesino en el tajo o en el camino habla menos y con voz más baja que en la plaza del pueblo o en la taberna, donde el locuaz se suelta y pide público con la mirada. El que se sabe corto de palabra rumia su pensamiento sin exponerlo, pasa por hombre callado, gran virtud que se les reconoce en el pueblo a quienes en la capital son tenidos por cazurros. Se oye decir: "Fulanito es muy formal. No habla por no ofender". ¿Por no ofender a quién? El locuaz habla con el gesto, con los codos y el tronco. El cazurro se aprovecha de la locuacidad de aquéllos para hacer pasar su carga de silencio. Ese silencio no es despectivo. Guarda sus palabras porque reconoce el valor que tienen y que una bastaría para perderlo. El andaluz con imaginación y sentido crítico pone tal pasión y prisa al comunicarse que, a veces, amenaza con hacer estallar el lenguaje. Es cuando tropieza y busca la palabra; no la encuentra y crea una imagen.

Se nota en los últimos veinte años una disminución en el empleo de sufijos, especialmente los que quieren significar un suplemento de emoción y de ternura, como en *criaturita*, *viudita*. En cambio se mantienen y se aumentan los sufijos que incluyen idea de menosprecio, como en *ranchejo*, *librejo*, *mulejo*. Acaso ello obedece a dureza progresiva en los sentimientos.

En Castilla suele achacárse nos una redundancia en la que jamás incurrimos los de Andalucía la Baja: el uso dual de pronombres: "Ustedes, vosotros". Si es cierto que sustituimos el

pronombre de segunda persona en plural y decimos "ustedes" en vez de "vosotros", no usamos los dos a continuación. Me resisto a reconocer este vicio como usual. La confusión tal vez proceda de que, cuando alguien se dirige a varios a quienes tutea y dice equivocadamente "ustedes", quiere corregirse en el acto y añade el "vosotros".

A pesar de la euforia que el folklore derrama desde la ciudad el hombre de campo andaluz desconfía siempre de que sus medios expresivos puedan ser una cosa tan lograda como una espiga. Esa humildad sincera del labrador en materia lingüística es con la que yo aspiro no a representar al campo, sino a evocarlo como escritor de ambiente que mira siempre al campo; y seguiré viéndooos desde el campo, aunque me siente entre vosotros. Y así será del agro y de sus valores permanentes de lo que desde mi llegada he de hablaros.

### *Tiempo invencible.*

Tanto para el hombre de ciudad como para el que vive de la tierra el prestigio del campo como concepto se funda en su grandiosa y ceñuda indiferencia; y más aún, en su honda antigüedad.

Hay antigüedades históricas que logran mantenerse antiguas en medio de la modernidad, cuando lo moderno no ha logrado ser distinto. Podría decirse que la Agricultura nació vieja. Al cultivo de las plantas y al apiaramiento de las bestias llega el hombre saturado de raíces pulposas, cansado de molturar trigo salvaje con sus muelas propias y de cazar, más con trampa que con armas arrojadas. El hombre pudo sacar alimento de la tierra en plena libertad cuando el suelo no era ni propio ni ajeno. En un principio lo difícil era elegir, de tanto como había, pero tan inestable. Cuando el Valle del Nilo, anteriormente marisma, se convierte, por drenaje natural, en la faja de tierra más apetecible del planeta, atrae a los agricultores de la Mesopotamia. Pero hasta que florece en el Nilo la Agricultura los métodos empíricos del sentido común no dan paso a la especulación;

podríamos decir, no dan su tiempo al pensamiento. Cuando el hombre puede pensar sin miedo al trueno, la Astronomía y la Geometría anuncian al mundo que la Ciencia ha nacido. Y queda muy atrás en el tiempo el nacimiento de la Agricultura. Su historia equivale a la de los medios de que el hombre se valió para alimentarse y consigue llegar, con una impresionante perpetuación de las variedades y de las familias del reino vegetal, hasta el rebrote de la Genética, cuyos avances se aprovechan de la tendencia natural de las especies a desviarse del tipo original.

Si nos empeñamos en mirar a la tierra como una riqueza más y a la Agricultura como una actividad de libres principios y disposiciones, estaremos tan lejos del campo como cuando contemplamos los temas paisajísticos que sirven de fondo a los cuadros de Patinir. La verdad es que el hombre ha modificado ciertas propiedades y productos de la tierra, pero la tierra ha obtenido más de su influencia sobre el hombre. Lo ha hecho suyo. Le ha formado el carácter y la mentalidad. Le ha velado la expresión y le ha marcado su destino. Así cuando un hombre se aleja de la tierra para mezclarse con los de la ciudad se convierte en hombre nuevo al que nada le aprovechará ya la juventud que transcurrió en el campo, y adolecerá siempre de no haber tenido juventud de ciudad.

En las épocas de fuerte emigración campesina, y ésta que vivimos lo es, se observa cómo al labrador le resultan inservibles sus anteriores métodos de trabajo, como las herramientas que se cansó de usar. Sólo los que abandonan la tierra antes de la mocedad se libran de su influencia permanente.

La tierra nunca fue para el campesino materia limitada. Más aún: el fundamento de la Edafología, al igual que los de la Ecología vegetal, le sonarán a cosas insinuadas por los padres o sentidas en su cuerpo un día cualquiera, mientras echaba un cigarro sentado en un padrón. Frase corriente es: "Yo le tengo oído al difunto de mi padre que en los años lluvios... Mi abuelo, que labraba una suerte de tierra que tiraba a mala y sin embargo rendía..." O bien, refiriéndose al agua y al viento: "Lo de arriba

es lo que manda en la sementera, un año; pero en el suelo, que es lo que queda, manda lo que está escondido...”

Este hombre, sin que nadie se lo haya explicado, ve el suelo como complejo dinámico. Los misterios de la Bioquímica lo son para el labrador culto, no para el campesino en general, que, satisfecho de su ignorancia, que estima como una gran reserva, hace de los misterios carne de su carne. El habla de las cosas grandes, de las cosas raras para lo que no necesita ejercicio de fe, y no hablará de los misterios insondables de la Naturaleza que tanta literatura arrastra. El campesino no pena porque le resulten incomprensibles los fenómenos. Al contrario, goza de tener entre sus manos una materia inescrutable. Algo que no acaba de dominar nadie. Cuando deja la semilla en el surco será algo más que la paciencia lo que, durante interminables meses, ejercite. Será la esperanza.

La tierra es fuente de vida y marco de vida. La independencia del labrador vive de su dependencia a la tierra y ambas viven del hecho de que nadie haya podido alterar el ritmo de las estaciones ni el ciclo de gestación de los seres. El tiempo en el campo no ha sido vencido.

### *El “homo economicus”.*

Para los fisiócratas la Naturaleza, con sus fuerzas misteriosas, trabaja con la Agricultura y la Agricultura, con tan alta colaboración, se convierte en creadora de materia. Esta filosofía, lo mismo si es equivocada que certera, dibuja ya una comunión del hombre y de las fuerzas naturales, alumbra el amor a la tierra. Teme a la meteorología y ama a la tierra que se deja cultivar y rinde el fruto directamente a la mano. Y encuentra, en esta docilidad, compensación a los frecuentes fracasos económicos.

La Industria se sirve de valores mecánicos o químicos. La actividad agrícola tiene por objeto a seres vivos. Esta es la explicación que damos a la diferencia de andadura entre la Agricultura y la Industria, por lo que el “homo economicus” —cate-



goría usual de los economistas del XIX que, si no aumentó, sí ha ido sumando poder— no consigue poner el campo al ritmo de sus talleres, aunque haga a sus hijos ingenieros agrónomos y les compre una finca para que practiquen. Ello no quita que sean benefactores del agro. Lástima que acaban cansándose de llevar dinero fresco al campo. Reducen la explotación a finca de recreo y se repliegan a la industria, donde el sistema capitalista tiene su expansión. Los jóvenes agrónomos se cansan, por sus fracasos, al querer establecer una curva regular de cultivos; de adelantar cifras sobre una producción o un ensayo, cuando todo depende de los cambios atmosféricos y de las incertidumbres de la Biología. De encontrarse una y otra vez con que el riesgo de accidentes es más importante que la variación tendencial de los cultivos ensayados.

Los economistas casi nos insultan. Dicen que estamos más cerca del hombre de Pavlov que de Descartes, que nuestros procedimientos responden a impulsos sentimentales, a fuerzas afectivas, y que nuestra actividad económica es con frecuencia irracional. Sirol, en su *Influencia de la Agricultura en las fluctuaciones económicas*, nos trata como a niños incontrolables. Nos niega disciplina y capacidad para hallar el equilibrio entre el costo y los precios de venta. Como si ello dependiera todo del agricultor y como si todos los suelos fuesen iguales y estuvieran a la misma distancia de los centros de distribución.

Este factor del transporte, el que libera al productor de la mercancía, alcanza hoy tal importancia que en Francia se define al agricultor como “un transportista sin saberlo”. (En Francia, con 657.000 kilómetros de carreteras, más de 450.000 de caminos rurales particulares, le cabe al labrador esta profesión complementaria.)

### *El trigo rey.*

La cebada y el trigo son los primeros cultivos ordenados. Según la leyenda, Isis, la diosa de la cultura del trigo, se encuentra

en el monte Hermón unos granos del rey de los cereales, del rey que por más tiempo ha conservado su corona. Los arqueólogos nos enseñan que ya se conocía el trigo a principios del Neolítico y aun al final del Paleolítico. ¿Y qué clase de trigo? Con cierto estupor hemos visto llegar y ponerse de moda en estos últimos años las simientes de la antigüedad remota. Y que el panadero del año 1962 prefiere la harina del trigo tierno, sin barba —rabón, como dicen los campesinos— de un “Florence Aurore”, por ejemplo, por el mismo motivo que los romanos, según Columela y Plinio, adoptaron el *triticum siligo*, trigo desnudo, sin raspa y blando, porque da un pan más tierno y ligero —el de hasta entonces no flotaba en el agua—, el *panis siligineus*, y el panadero especializado tomó el nombre de *siliginarius*.

La historia de la Agricultura señala frecuentes rebrotes, cuando no tenaces permanencias. Se diría que no acepta que el labrador se crea, ni por un momento, joven ni moderno. A la vista los instrumentos de la labranza. En el Museo Arqueológico de Madrid se exponen herramientas romanas semejantes a muchas de las que aún hoy no se han caído de las manos del hombre. Ved el hacha-azada, la reja y la hoz. Pero la primera de todas hubo de ser el escardillo, antes que la azada. El hombre de la Edad de Piedra cae en la cuenta de que, en los períodos en que escasea la caza y ha de alimentarse con los vegetales que la mujer ha aprendido a elegir, el trigo seco, masticado, le presta vigor; y llega a la conclusión de que su naturaleza se rige mejor con la alimentación mixta. Comienza entonces a preocuparse de desbrozar las matas preferidas. Da comienzo su lucha secular con las malas hierbas. Una laja sujeta a la punta de un palo será el instrumento, que pronto llegará a ser herramienta y que después, cuando alcance a domesticar a la bestia, será el arado. Las labores profundas que hoy damos, gracias a la tracción mecánica, sacan al sol más de una granja romana o ibérica en la que, reconstruida y dotada, se podría poner en marcha nuevamente una labor partiendo de cero. Y podríamos arar con los mismos arados romanos que aún hoy se utilizan para la siembra cuando la tierra está pesada o fangosa y las

ruedas del tractor patinan y los de cadenas se hunden, como sucedió el año anterior.

### *Los alimentos.*

Los documentos figurativos más antiguos sobre los productos del campo han dado lugar a una abundante literatura y a luminosos trabajos de investigación. Me produce cortedad hablar de estas cosas en presencia de los eximios maestros don Ramón Menéndez Pidal y don Manuel Gómez Moreno. En las naturalezas muertas que vemos en los mosaicos de Pérgamo están representados casi todos los productos de la tierra que hoy frecuentan nuestra cocina. Y si los mosaístas romanos se inspiraron con frecuencia en modelos alejandrinos ello no resta, sino más bien avala, la sobrevivencia en el suelo de los mismos productos.

La obra interesantísima de J. Marquardt, *La vida privada de los romanos*, publicada en 1866, así como el excelente libro de Jacques André que apareció el año pasado, *La cocina en Roma*, por aludir a dos períodos de investigación solamente, nos dejan ver que a la tierra, en la antigüedad, se le exigían los mismos productos que hoy; y que *aquellos señores*, salvo variaciones de condimentación, comían lo que nosotros comemos. Esto no debe resultarnos extraño, ni atribuirse a estancamiento de la producción hortícola y cerealista, si se tiene en cuenta que una de las pocas cosas que no han cambiado con los siglos, de una manera estimable, es la composición de los jugos gástricos del hombre.

Sigue el nabo (*brásica napus*), de la familia de las crucíferas, figurando en las mesas modestas. Con el trigo y las habas formaba entre los alimentos esenciales. Y el rábano (*ráphanus sativus*) que los romanos tomaban con aceitunas. La zanahoria (*daucus carota* o *pastinaca*), que cita Columela con su nombre griego *staphilinus*, que mantienen durante un año cruda, después de cogida y antes de guisarla, aparece en la comida de Horacio.

La cebolla (*allium cepa*), a la que los refinados ya desdeñaban por su mal olor. El ajo (*allium sativum*), que sufre el



mismo reparo. Y la col, la alcachofa, el cardo. Plinio señala el de Córdoba como el mejor, refiriéndose, sin duda, a nuestros alcauciles, de sabor más concentrado que el de la alcachofa y que amoratan los labios de quien lo coma crudo. Las espinacas, el apio y, por citar una de las plantas intermedias entre las que se crían dentro o fuera de la tierra, hablemos de la seta inquietante. El campesino primitivo tenía razón para desconfiar de la madre Naturaleza, que si, por un lado, le proporcionaba alimentos, por otro, le liquidaba una familia entera con una planta venenosa. Entre éstas destaca la seta, que, por ser de generación espontánea, se ofrecía con facilidad. Pero ya Plinio advierte de sus peligros y da consejos culinarios: "Téngase por dañinas las que endurezcan al cocer." "Será mejor cocerlas junto con carne o con rabos de peras. También será bueno comer peras a continuación de las setas." Plinio defiende esta planta, muchas veces calumniada, con este comentario: "Para envenenar al emperador Claudio habían puesto veneno, sencillamente, en un guisado de setas inofensivas". El *fungus albus* de Ovidio corresponde al que Horacio tuvo por seta de los prados y que estimaba como la mejor.

La suspicacia del agricultor ante la seta espontánea no ha cedido. Todavía en el siglo XIX se oye en el campo español esta intimidación:

*Dios crió la seta y crió el hongo,  
y dijo: "Ahí te lo pongo.  
El hongo es malo, mas la seta es buena;  
pero, si te equivocas, te envenenas".*

El documento figurativo que mejor ilustra el anterior índice de alimentos se encuentra en el museo de Ostia: El bajorrelieve que representa un puesto de legumbres en el mercado. Su semejanza con cualquier otro de hoy es extraordinaria. Tras la plancha mostrador, las gradillas de madera con hortalizas, rábanos, berros, espárragos, zanahorias, cardos, nabos, ajos, cebollas, cinchados con trenzas de juncos. El comerciante invita con la mano



a acercarse a la clientela, aunque no pregona; tiene la boca cerrada.

### *La gran ayuda.*

La gran ayuda moral, de la que el campo vive todavía, se la dan los autores latinos, poetas labradores como Horacio y Virgilio. Agrónomos que sentían la poesía de la Naturaleza, como Varrón, Columela, Plinio, Marcial...

Todos enseñan al servicio de una moral y de una política: poblar los campos. De Catón a Paladius los tratados de Agricultura se refieren comúnmente al suelo de Italia, pero Columela menciona con mucha frecuencia los tratados griegos o la obra del cartaginés Magón y tiene siempre presente las enseñanzas de su tío Marco, ilustre ganadero gaditano, primer latifundista científico de la Bética. Paladius utiliza las mismas fuentes sin citarlas. En cuanto a Plinio se apoya en Catón y en Columela y también en los autores griegos, sobre todo en Teofrasto. Y, en Sevilla, San Isidoro elogia a la tierra, aún no cansada, de nuestra península.

Esta portentosa fuente de información y estímulos explicaría por sí sola el prestigio inmarchitable del campo al que nos venimos refiriendo.

Todo este caudal poético derramado sobre los surcos responde a una necesidad política: sujetar la emigración del campesino y del labrador a medida que iban surgiendo las ciudades, y para invitar a los generales vancedores a que vertiesen las ganancias de sus campañas en la tierra necesitada. Bien claro está que Virgilio, Horacio y más tarde Columela, escriben de encargo. El hombre, en medio del campo desolado, imagina la ciudad. Contra lo que se cree, el instinto no nos lleva de la ciudad al agro, sino que, por desgracia, son los muros de la ciudad los que buscan, ayer y hoy, la gente del campo. El enemigo número uno de la Agricultura sigue siendo, como en los tiempos de Augusto, el absentismo y la emigración.

El primer obstáculo con que tropieza el amante del campo

es el aburrimiento. No así el amante de la Naturaleza. Son conceptos distintos. El naturalista estará bien entre plantas y animales, pero todo el que se sienta solidario con el hombre apetece la ciudad. Esta es la causa del absentismo, más que la economía. *Homo homini...*: el hombre se aburre sin sus lobos.

La ciudad es producto del miedo y del aburrimiento. Pero, a su vez, el campo conserva fuerza para sacar de la ciudad al hombre cultivado. Aun hoy, mientras la política mantiene la incertidumbre del labrador, los contagiosos versos de Virgilio y la emoción de Horacio siguen repitiendo el eterno cantar de la tierra. Y aun diríamos que está vigente el consejo de que, a un caballo de silla, aunque se dome a los tres, no debe aflojarse la brida en la carrera hasta que cumpla cuatro años, como se dice en el libro III de las *Geórgicas*: "Mas cuando el año cuarto se añadiere a los tres ya pasados empiece luego a voltear y aprenda en marcha a marcar el compás dando braceos con movimientos alternos de los remos y lo que es juego parézcase a trabajo; desafíe entonces a correr al viento y por el campo vuele a rienda suelta y estampe apenas pisadas en el polvo". Esto lo entenderá siempre un buen jinete, esa frase luminosa y sencilla y *lo que es juego parézcase a trabajo...* El sufrido domador de un potro preferirá un trueque en la oración: lo que es trabajo que parezca juego. Todo un lema para las actividades agropecuarias.

El rumbo de la Agricultura, sobre su fundamento biológico, vive sujeto al clima y a la Geología. Los cambios de clima imponen las grandes emigraciones, abandono de espacios ya cultivados. Dolor de éxodos. Las zonas climáticas atemperadas atraen al labrador, pero sobre ellas descargan con preferencia las tempestades ciclónicas que atemorizan y fertilizan a un tiempo. Y, a su vez, el clima cambiante estimula las energías del hombre para buscarse la vida.

En nuestro suelo el trigo y la cebada, que introdujeron los iberos, sobreviven a las grandes sequías que sufre la cuenca del Mediterráneo. Cuando llegan los romanos se cultivan variedades de "duros" y "semiduros", se produce excedente que se exporta a Roma. Fue España "provincia frumentaria", esto es, que ex-

porta a Roma. Trigo a Roma en envases de barro ibérico que prestaron altura a una de sus colinas.

### *Los herbicidas.*

El *frumentum* agreste de dos órdenes —llamamos en Andalucía órdenes a las hileras de grano en vertical de que se compone la espiga— fue conocido por Beroce en forma salvaje entre el Tigris y el Éufrates y al que Herodoto hace referencia. En general, el trigo que se cultivaba en la cuenca del Mediterráneo ofrecía un promedio de cuarenta a cuarenta y dos granos por espiga en los tiernos sin barbas. Y en los almidoneros, veintiocho. En la *España romana*, de Menéndez Pidal, vemos que en la Lusitania se vendía el trigo por la cuarta parte de la tasa de Diocleciano los años de buena cosecha. Las monedas hispano-romanas testimonian en su reverso la abundancia de la vid, del trigo y de la piña.

También en las *Geórgicas* nos habla Virgilio de la escarda. “Crece silvosa la maleza; lampazos y abrojos. Y en la lozana sembradura cunde el funesto joyo y la avena loca. Y si tú no persigues la hierba con rastrillo tenaz y no espantas las aves con ruidos y con la podadera no reprimes el remaje que da sombra al campo y no imploras la lluvia con tus preces, en vano, ¡ay!, mirarás al gran montón ajeno”.

Aquí sí tenemos que decir que la Agricultura ha dado un salto considerable debido a la Química. La aparición reciente de los herbicidas industrializados permite liberar al trigo, a la cebada, a la avena, al centeno, al alpiste, de las malas hierbas.

Con las variedades de trigo procedentes del Asia occidental penetraron en España las tenaces *papilionáceas* que trepan por el tallo del trigo sofocándolo y después, en la trilla, mezclan con él la simiente. Su muerte ahora representa una tragedia en la estética campera. Las más dóciles en morir, las que más pronto quiebran su tallo bajo el efecto letal del ingrediente, son: la roja amapola, la arvejana chicharrera de flor blanca, la arvejana morisca de flor pintada, la arvejana negra, la arvejana loca de flor

blanca, la zulla de flor morada, la neguilla de flor lila, los tréboles, tanto el zancudo como el carretón, el pelusón de flor blanca y el de cuatro hojas que da la suerte. El zancudo de flor amarilla, el nerdo de flor amarilla, la adormiera de flor azul y el jaramago blanco.

Las que se resisten al líquido, y que también sucumben si se arriesga el labrador a pulverizar con más concentración, son: el jaramago de cuello negro y flor amarilla, el jaramago verde, la malva de flor blanca pintada, la campanilla de flor blanca, la hierba del Señor que florece en azul, la hierba de agua de flor blanca, la hiel de la tierra de flor morada, el quebrantahierro de flor azul, la cancaruya de flor blanca, el jopo de zorra de flor amarilla, la baba de buey, las margaritas, las grandes como las chicas de esmalte. La melaza de flor blanca, el raspasallo, el abrepuño. La extensa familiar de las *compuestas*: el cardo de arrefife, comestible, el cardillo perruno de flor amarilla, la tagarnina de tan buen comer, el cardo horriquero, comestible los años de escasez (el año 1941 tuvo su última oportunidad, hasta ahora), el cardo correa, el cardo lirio de flor lila, el cardo de la uva de flor amarilla, el cardo de la yesca de flor blanca, del que todavía en este siglo sacaba el campesino materia para encender el cigarro con la ayuda de la piedra y el eslabón; el cardo del cabrero de flor blanca, el cardo de la viña de flor amarilla, el cardo de la tova de flor blanca, la acelguilla comestible, el clavelito con el que se hacen los escobones recios, el poleo, cuya aroma transmina y en infusión calma los dolores, la hierbabuena loca, la ortiga, el conejito de flor morada, la biznaga de flor blanca.

Con gran prisa van desapareciendo de las tierras de labor. Quedarán adscritas a las dehesas de tierras de cuerpo, no en las de tierra ligera. Se agarrarán a las lindes y padrones y cunetas, pero hasta el tren emplea ya máquinas para regar herbicidas a diestro y siniestro de la vía y la aviación se encarga de escardar químicamente, en una hora, un cortijo de mil hectáreas. Y las dulces hierbas dañinas para el trigo y la cebada mueren, restándole color a la campiña, sin tristeza en el corazón del labrador,

que se ve libre así de la escarda con el escardillo, de costo hoy día irresistible. Quedan en pie, riéndose por ahora de la Química, la avena loca, la ballueca, el ballico, la borrachuela, el cominillo, la cizaña, el alpiste vano, los juncos y los carrizos y la terrible grama, cáncer de la tierra.

Los progresos técnicos del campo no están, sin embargo, reñidos con la belleza del paisaje. Contra la vistosa amapola y la dócil arvejana está la maravilla de un trugal limpio y parejo, a la hora en que se mecen las espigas en brazos del aire calmoso, gracias a la máquina que dejó el terreno cernido y puso en él la semilla por igual.

### *Modernidad de voces viejas.*

Horacio, como Velázquez en los fondos paisajísticos de sus retratos, no se aplica al pormenor de la labranza. Horacio, como su imitador más adherido, el poeta sevillano Francisco de Medrano, describe con exactitud topográfica los linderos de su finca, el panorama y algo del ambiente, pero no los pormenores de la labranza. Estos los ha desmenuzado Virgilio. Pero Horacio, con vuelo alto, planea sobre la emigración campesina con eficacia insuperable en la epístola XIV del libro I cuando se dirige al esclavo que tiene al cargo de la finca, que sólo piensa en la vida de la ciudad: "Yo proclamo feliz al que en el campo vive; tú proclamas bendito a quien mora en la urbe. A quien agrada la suerte de otro señal es que tiene la suya en aborrecimiento. Uno y otro son necios, pues que culpan injustamente al lugar; la culpa la tiene el ánimo, que nunca sabe huir de sí mismo... no admiramos unas mismas cosas; entre nosotros hay esta desavenencia: Aquel que piensa como yo dice que es deleitoso y ameno el paraje que te parece a ti ceñudo y arisco; y le desplacen los que llamas tú lindos y hermosos lugares. A ti el burdel y el bodegón pringoso te aguzan el deseo de la ciudad; harto lo veo: y te desagrada asimismo el que este rinconcillo antes llevara pimienta e incienso que no uvas, como el que haya tampoco ta-

berna vecina que te pueda dar alocue, ni haya ramera que taña y cante, al son de cuya flauta tú rijas la pesada danza.

”Pues si esto es así, oye ahora lo que divide nuestro acuerdo. Aquel que en otro tiempo se atavió con delicadas ropas y anduvo ufano con su lúcido cabello; aquel que tú bien sabes que sin daño de su bolsillo fue del agrado de Cínara rapaz; aquel que todos los mediodías era copioso bebedor de chispeante falerno; este tal gusta ahora de una breve cena y de un sueño largo, sobre la verde hierba junto a un fresco río. No me avergüenzo, no, de haber holgado, sino de no haber terminado antes la holganza. Aquí no gasta mi vivir sabroso la mirada de ningún ojo oblicuo, ni me lo empozoñan el obscuro odio ni el mordisco venenoso. Los vecinos se ríen de mí al verme remover terrones y piedras. Mejor que esto tú más querrás roer con los esclavos los relieves del banquete ciudadano. Hacia ellos te lleva tu deseo. Y mi criado, en cambio, te envidia a tí tu huerto, tus hatos y tus árboles. El perezoso buey desea las cinchas y jaeces del caballo y el caballo desearía arar. Yo creo que uno y otro haremos cuerdamente si de buena gana ejercitamos el oficio que aprendimos”.

Así penetra Horacio a través de veinte siglos en la política social agraria de nuestros días. Virgilio se dirige al campesino con más blandura y amor. Le aconseja, de la mano, hasta para los días más tristes del año, que son los de lluvia, cuando ha de permanecer bajo techado. Los estimula con lo que llamarían hoy la distracción por el trabajo. Así le habla a los que ahora llamamos obreros fijos, que tienen su jornal asegurado durante todo el año, para que no pierdan el día: “Afile el labrador el duro diente de la reja embotada, cave el leño en forma de barca o dornajo de ganado o cuente sus acervos. Quien aguze estacas y bicornes horcas, a la cepa caediza apreste rodrigones. Tejed ahora cestos flexibles con tallos de madroño. Tostad al fuego ahora el grano y desmenuzadle con una piedra. Y aun la ley y el derecho dejan hacer algunas faenas en disanto”.

Esta recomendación tan de actualidad no había que repetirla en el campo hace cuarenta años. Los días lluvios los campesinos, por su iniciativa, cosían empleitas, hacían tomizas, torcían el cá-

ñamo, remendaban los costales, parcheaban los cueros de los arneses. En el campo que yo he conocido de niño los días lluviosos a mí me parecía que los trabajadores lo eran más. Alegrémosnos en reconocer que aunque hoy trabajan menos, al menos, viven mejor.

Virgilio y Horacio, la gran colmena de poesía. De ellos dirá el que fue ilustre compañero vuestro, don Lorenzo Riber, "La admiración se va detrás del arte homérico, pero el corazón y el afecto se van detrás de Virgilio.

Horacio nos da el fruto, a veces amargo, del árbol de la vida. Nadie como Virgilio para iluminar con luz de su alma el espectáculo de la naturaleza y de la vida humana". El primero sintió la tierra desde niño. Ya su padre era labrador. Sufrió incautación y volvió a entrar en posesión de lo suyo. Había no sólo gozado, sino padecido la tierra. En cambio, Horacio fue terrateniente tardío. "La Sabina", la finca adorada, fue regalo de Mecenas. Nunca la padeció. Era como el hombre de ciudad de hoy que disfruta su finca los fines de semana. Una vez que prolongó la temporada Mecenas le reprocha su ausencia de la ciudad. Francisco de Medrano, ajustado a su modelo Horacio, también es un labrador retrasado. Ocupa su finca "Mirarbueno" después de muchos años de ausencia de Sevilla, después de cantar misa, de ser jesuita, de dejar de serlo.

*Este rincón, de todos los del suelo  
me place más, do brota la primera  
y la rosa postrera;  
do siempre es uno el cielo,  
do siempre es primavera.*

Otra gran poeta de Sevilla, éste de nuestros días, Fernando Villalón, será quien se acerque más a Virgilio en la intención y latencia conceptual. El auténtico campero que hace versos.



*Si no se me parte el palo,  
aquel torillo berrendo  
no me hiere a mí el caballo.*



*Islas del Guadalquivir,  
donde se fueron los moros  
que no se quisieron ir.*

*Por la madrugada,  
música de esquilas y espuelas,  
garrochas  
cruzadas.*

### *Amor al campo.*

Ninguna actividad humana como la Agricultura, justo es decirlo, ha tenido un aliado tan poderoso para procurarse una historia brillante: el arte, la poesía trenzada a veces en el tecnicismo. Tal vez después del amor nada alcanzó más constante atención de los poetas.

Como si se tratase de un gran poema en prosa hemos de mencionar la obra de Alonso de Herrera, "Libro de Agricultura", la primera sobre esta materia que se imprime en España, fuente de tantos tratadistas y obra clásica de nuestra literatura, para alguno el más sabroso conjunto de voces de nuestra lengua, que, por fortuna, y tal vez por ignorada, no se adaptó en las escuelas para modelo de lectura como el *Quijote*, y así gozamos la sorpresa de su encuentro en edad más adecuada para gustarla.

El amor al campo no nace espontáneo en el hombre. Obedece a un largo proceso cultural. En sus altas y bajas interviene incluso la Política social y la Economía. Augusto, como hemos dicho, tuvo que combatir el absentismo y la emigración campesina. Y al final de la Edad Media aún subsiste el terror del hombre a la vida nocturna en el campo, aislado. Muy lentamente fue girando su vista ante la Naturaleza hasta llegar al XVIII, en que las grandes extensiones empiezan a poblarse de casas, no de

chozas, y en ellas viven los propietarios. A lo largo de todo el proceso intervienen los sentimientos religiosos. En los monasterios se adora a Dios, en el templo y fuera de él, en las tierras cultivadas donde los monjes ven y enseñan el poder patente de la Providencia. La obra del abad Pluche, *Espectáculo de la Naturaleza o Conversaciones acerca de las particularidades de la Historia Natural* fue un *best seller* de la época. A España llegó en febrero de 1757 traducida del francés por el padre Esteban de Terreros y Pando, dedicado a la reina Doña María Bárbara, impreso por Ibarra, y ésta es la segunda edición. Las conversaciones suelen ser entre un conde latifundista y el prior, a las que se suman unas veces la condesa; otras, un caballero invitado. Los paseos por la finca son utilísimos. El prior es un pozo de ciencia. Lo mismo explica los misterios de una colmena que el tejido de la araña, la bondad de la tierra, el crecimiento de los árboles. No se le escapa nada de cuanto se mueve en el suelo y en el subsuelo, porque hasta el topo obscuro es analizado a lo largo de los dieciséis tomos de que se compone la obra. Pero el prior somete toda su ciencia, individuo por individuo, hoja por hoja, a la evidencia de que Dios tiene su alta mano en toda cosa. Escapa del panteísmo *de justesse*, como alguien podrá decir en su idioma.

Don José Antonio Valcárcel se da una vuelta por los tratadistas extranjeros, como él confiesa en el prólogo que pone a la obra de M. Dupuy, *Del noble agricultor*, quien, a su vez, no hizo sino traducir al francés la obra del inglés Hall. Valcárcel publica su *Tratado de Agricultura general* el año 1775 en la imprenta de José Esteban Dolz, en Valencia. Sobresale en esta obra el interés por el uso de las margas. En la sección que titula "De los abonos naturales" antepone a todos la marga. Treinta y dos apretadas páginas, distribuidas en siete capítulos. "La marga —dice— es una especie de tierra que merece, respecto a sus buenas propiedades, la preferencia a todos los otros abonos, de suerte que el agricultor que la encuentra en su hacienda puede lisonjearse de poseer un verdadero tesoro." Divide las margas en cuatro clases: la blanca, la amarilla, la corolada y la azul. "Se

advierte que las margas son más comunes de lo que se puede juzgar e, instruido el agricultor en su conocimiento, por poca marga que hallase y a cualquier profundidad que esté, es moralmente imposible que no le pagase con usura los gastos de la cava, de la preparación y de portearla.”

¿Quién, aparte de los geólogos, se acuerda hoy de la marga y la emplea como abono? Señalo aquí no un fracaso de la Agricultura antigua, sino una de las pocas superaciones que el campo debe a la industria química, sin duda el más importante. Sin los abonos químicos la gran producción actual no se hubiera alcanzado, porque en España las tierras buenas mientras mejores más repetidamente sembradas, están hoy, por falta de estiércoles, pobrísimas de substancias orgánicas, que los abonos químicos no aportan, aunque sí el anual viático para que críen una sementera.

En su prólogo Valcárcel pondera la obra de Herrera como fuente en la que ha bebido, pero trata con cierta irónica conmiseración al gran ordenador y primer cronista en castellano de las actividades agrícolas.

“Es de presumir —dice Valcárcel— que Alonso de Herrera, que todavía pudo saber mucho de los árabes, no dejaría de aprovecharse de sus luces, pero le falta aquella extensión y explicación correspondiente, y muestra su nimia adherencia a quiméricas figuraciones, singularmente a las crecientes y menguantes de la Luna, tenidas ya con razón por ilusión entre los extranjeros.” Curioso reproche, sibilina crítica de una obra escrita dos siglos antes, que mucho después de aparecer la de Valcárcel se sigue consultando. Más quimérico que hablar de la Luna resulta, otros doscientos años después, el consejo de anteponer la marga al estiércol. La Luna sigue arrastrando mareas, alunando a los campesinos y contándoles poéticamente sus floraciones a los limoneros y al jazmín, mientras las margas del modernizado Valcárcel permanecen profundas e ignoradas.

Herrera, con el estímulo del cardenal Cisneros, al que dedica su obra, como Horacio con el de Mecenas, tiende en su prosa ba-

ñada de poesía a fomentar en el hombre el amor a la Naturaleza y a acrecentar y mantener el prestigio del labrador.

### *Ocupación del suelo.*

Cuando la tierra en la Antigüedad llega a ser inalienable nace la fuerza que hasta ahora sostiene a la Agricultura. Cuando el sentido de la propiedad se impregna de sentido religioso la familia, en posesión permanente del suelo, entierra en él a sus muertos. “La propiedad colectiva de la familia —dice *Challaye* en su *Historia de la propiedad*— es sagrada, porque son bienes de los muertos, que continúan viviendo. Y la propiedad individual es sagrada en tanto que es extensión de la persona misma.”

El sentido de la propiedad del suelo, que ata al hombre a la tierra, no se traduce, en un principio, en forma individual. La ocupación de la tierra y su explotación la ejercieron primero los grupos, las familias, los clanes. El hombre tiende desde un principio a acogerse a sagrado con todos los bienes materiales con los que ha podido alzarse, y *Challaye* reconoce que, “cuando las tradiciones religiosas pierden fuerza antes del Cristianismo, la familia o el clan no conserva su homogeneidad. El desarrollo del comercio, la importancia creciente de los metales preciosos y del dinero contribuyen a arruinar la antigua concepción de la propiedad familiar. En detrimento de la propiedad familiar se extiende la propiedad individual”.

Describiendo un amplio arco que pase sobre el Derecho romano, desde la tribu hasta nuestros días, está claro que el derecho a la propiedad sólo se salva por el trabajo o por la aportación. Por el trabajo, conocida es la apreciación de Thiers: “Este pan que yo he obtenido, este pez que yo he pescado después de tanto esfuerzo, ¿a quién pertenece? El mundo entero contestará que son míos”. Y Proudhon se atraviesa: “El trabajo justifica el derecho al producto y no al instrumento. La pesca me da derecho sobre el pescado, pero no sobre el mar.” ¿Cuál de las dos concepciones cae más lejos del Derecho romano? El liberalismo echa el ancla en el interés social. “La sociedad tiene necesidad

del trabajo del individuo. No lo obtendrá sin un estimulante. El mejor es la propiedad privada." El liberalismo incluye como trabajo la aportación de dinero obtenido por el propietario en otras actividades ajenas a la Agricultura. El campo alcanzó su máximo esplendor cuando el dinero procedente de la Industria y del Comercio vino en su ayuda. El campo es el pariente pobre de los negocios que, por su más alta moral, envidian los parientes ricos. Pero el campo abandonado a sus medios propios se empobrece y, como se ha visto en distintos períodos, se queda sin gente.

### *El paisaje.*

Mucho ha dado la poesía al campo al levantar en el hombre emoción objetiva ante la Naturaleza. Podríamos decir que han sido los poetas los que sacaron de la ciudad, para llevarlos al campo, a los descendientes de aquellos hombres que se acogieron a poblado para no ver la boca negra de la noche. Es justo señalar después la aportación del arte en el paisaje. Cierto que los campesinos ni han leído a Horacio ni han visto los lienzos de Carlos Haes, pero ha sido decisivo mover los sentimientos de la gente cultivada.

Muy en lo cierto está el señor Sánchez Cantón: "El paisaje, género pictórico independiente, es moderno. Es incluso moderna la palabra *paisaje* en nuestra lengua". Pero para el hombre familiarizado con el campo y sus labores los motivos paisajísticos más eficaces no están en la pintura moderna, sino en los trozos de país que sirven de fondo a la pintura naturalista del final de la Edad Media, cuando los artistas fuerzan la mente hasta conseguir la unión de su espíritu con la Naturaleza. A principios del siglo XIII aún pesa en los pintores la doctrina de San Anselmo. "La realidad es tanto más peligrosa cuanto más halaga a los sentidos y las rosas de un jardín son imágenes del pecado." A nadie le apetecerá estar incluido en la ulterior población del Bosco y menos en esas torturantes representaciones de los goces de la carne.

Es en el XIII cuando comienza la Naturaleza a prestarse al hombre, no como motivo espantoso, sino como elemento deco-



rativo. Pórticos de iglesias, capiteles y miniados de manuscritos. Los discípulos de San Francisco se sirven de viñetas cuidadísimas para evocar los diversos momentos de la vida del Santo.

Empiezan a filtrarse en la sensibilidad de los hombres los objetos naturales como símbolo de la divinidad presente en toda belleza recién creada. Posteriormente una de las creaciones pictóricas que consigue fijar la mirada en los pormenores del campo será el cuadro de Bellini, *San Francisco en el desierto*, pintado con técnica de finales del XV, de la Colección de Frick, de Nueva York, en la que el Santo, a pleno día, mira al sol con los ojos abiertos, como un águila. El pintor, tan amante de la luz de amaneceres y ponientes, se atreve con el baño de luz del mediodía, como denota la diafanidad del aire traspasado y las sombras cortas. La áspera idea del desierto es la que no está representada. Esto más que un fallo del pintor lo es de la titulación del cuadro. Todo convida a vivir, no en el suntuoso palacio que aparece en el valle, ni en el erizado castillo de la colina, sino en la propia cabaña del *poverello* en la roca viva. Apetece vivir allí. Es la invitación más tentadora a ser rico por la pobreza. El encanto de la pobreza limpia. Las cosas pobres. Ese atril de pino sin pintar pulido y de líneas ágiles. El asiento con el respaldo que ofrecen los rodrigones de la parra en la boca de la cueva. Esos cañizos sujetos con juncos y algo más allá, en un cuenco de la roca subyacente, donde se fue formando una pella de tierra mollar, vemos una burra rucia. El animal está satisfecho, no pasta ya, tiene la panza llena y mira a la lejanía, hacia el camino. Estará viendo a otra de su raza, tal vez oye el rebuzno de un burro que la saluda. Tiene las orejas en posición intermedia. Curiosidad sin celo. Si nos acercamos, no se moverá, aunque no está trabada. Le tomaremos la cabeza felpuda y nos parecerá ligera, estando como está llena de órganos. Se oirá llamar "hermana burra" y no se inmutará. Tampoco nos exigirá nada por haber pretendido fraternizar con ella, por haber aspirado a perfeccionar nuestra vida —humillándonos o humillándola— con su colaboración. Entre las rocas crece una flora de primer día del Paraíso. Un ave zancuda está posada en un estribo de la peña y

se mantiene confiada. Continúa el Santo su oración. Su pecho está abierto a la Naturaleza, recreándose en Dios. La postura no carece de arrogancia a la italiana. No se puede mirar y beber la luz de otro modo. En el *hermano* burro, en la *hermana* garza, no busquemos consuelo para el infortunado ni escudo contra el miedo, ni temblorosa ternura. Es la entera ofrenda a Dios del deleite que producen los dones naturales de la tierra, y la alegría pura y sin mezcla por el hecho de vivir sin afán de apropiarse de nada. Toda esta menudencia alcanza en la obra de Bellini grandiosa unidad. Es una invitación a la vida de la Naturaleza limitada, sin que en el profano que la contempla se produzca aspiración a la santidad. Se queda uno con lo más deleznable que refleja el cuadro: elementos de la vida terrena. Amor a la vida al aire libre.

Un día Pemán traerá a su *Séneca* a Madrid, si es que no lo ha hecho ya, y se enriquecerá el índice de los famosos diálogos. Recorrerá los museos, y al final:

“—Séneca, ¿viste el campo de Jerez en alguno de tantos cuadros?”

”—Lo que se llama el campo de Jerez no lo he visto todavía. Si acaso esa tablita de Moreno Carbonero con un camino. De verdad es un camino que se ve ir para atrás y para adelante. Esa debe ser, digo yo, la misión del paisaje, venir de lejos y llevarnos lejos. Pero no se moleste usted, don José, en enseñarme más paisajes. La gente de campo estamos hartos de ver campo. Nos gustan más las figuras. Si no está muy *propio* lo pintado nos causa risa, aunque sea magnífico. Y si el sol está muy bravo, como el que vimos de Sorolla, nos recuerda el sudor de la frente y el escocido de la piel.

”—¿Y a la Naturaleza, el recuerdo de tu suelo y de tu cielo?

”—Eso sí, pero no aquí, sino en el Museo viejo.”

En el Prado, el *Séneca* se había detenido mucho tiempo ante los cuadros de Claudio de Lorena. El buen hombre de campo fue captado por *lo propio*, no por la exactitud. Coincidían sus sentidos con los del pintor más virgiliano, que subordina los mil detalles naturales a una concepción poética del paisaje. Tal per-

fección sólo puede existir durante los instantes en que se apodera de nuestro espíritu la misma emoción que movió al pintor. Este trance espiritual permite una contemplación más duradera en Lorena (y en Van Halen); pero quien esté familiarizado con la atmósfera del campo libre donde permanece maravillado es ante el lienzo de Velázquez, *San Antonio, abad, y San Pablo, primer ermitaño*. Es la luz de *Las hilanderas* en libertad. La consistencia del aire permitirá al cuervo que desciende en picado, trayéndole al Santo el pan de cada día, abrir la alas justo a medio metro del suelo y hacer de ellas paracaídas. Con el mismo tema y semejante composición antecede en el tiempo el cuervo *impropio* que puso Grünewald en el retablo de Isenheim. Se estrellará contra el suelo fatalmente, si el Santo mismo no le amortigua el golpe en su túnica de rafia o le brinda el milagro. Aparte de que este cuervo trae vuelo fatigoso de gallinácea y sea esto para el doctor Staub, que un día me señaló, con malicia, la semejanza entre estas dos obras ante un público de conferencia.

En el retrato del *Conde duque de Olivares* la verdad de la Naturaleza se manifiesta en la capa del caballo, que es castaño encendido. Nadie alcanzó esa luz necesaria para encender todo el pelo, pelo a pelo. Breves sensaciones, pocas pinceladas, miles de luces. Feo es el jinete, acarnerada es la cabeza del animal, como la de todos los de su raza, pero la verdad mueve sus alas poéticas. El artista ha legado al campo su emoción. Ante este cuadro, dos ignorantes de la pintura, como somos el *Séneca* de Pemán y yo, nos enteramos de que la copia de un caballo español, lanzado a la corveta en un museo, puede reflejar la verdad del campo. La corveta es, de los aires de un caballo domado, la más noble expansión. En este lienzo, sin proponérselo el artista, está representada la *modificación* que imprime el hombre a las fuerzas de la Naturaleza. Al caballo, la mano de la brida. Al árbol, la mano de la injerta. A la planta, el *soplo* de la hibridación.

### *Seriedad.*

También la actitud seria de algunos hombres contribuye al prestigio del campo. Actitud que deriva de su carácter



y de su moral, que se va acusando al paso de la edad del individuo. Es natural que el campesino, doblado el medio siglo, adquiriera gravedad y filosofía aun aquellos que a los cuarenta años fueron inquietos y osados. Madurez calmosa y vejez sentenciosa. Y al cabo la filosofía del viejo se aferra a que, si al debilitarse sus fuerzas camina hacia la muerte, a su vez la muerte también se debilita con tener que salir a su encuentro. Y ambos son ya viejos para hacerse daño. El campesino no le teme a la muerte, justo es decirlo antes de dejar de hablar del campo. Le teme, eso sí, le teme a los muertos. Siempre dará un rodeo por no rozar las tapias del camposanto. Su miedo es a ese tono cerúleo verde amarillo y negro. Aunque sea valiente, aunque crea en la escapada del alma, le teme a los muertos.

La mentalidad del labrador es esencialmente estática. Desconfía de las innovaciones y del progreso y ama más que el dinero la seguridad de "un pasar". No es todo rutina. Cree y se sostiene en algo que es, en definitiva, la historia del agro, historia de una actividad humana en la que el hombre del Neolítico saluda desde un extremo al hombre de los nitrosulfatos con los mismos gestos y parecidas herramientas. Todo el progreso que a la Agricultura le cabe consiste en hacer cada vez mejor lo que se empezó a hacer desde un principio. Inútil exigirle un ritmo semejante al de la Industria, porque no puede. La Industria pone en juego fuerzas que producen fuerzas más potentes cuanto lo es más el capital acumulado. Esto no quita que el amor a la vida del campo sin utilidad directa no tiene arraigo. El hombre al cabo se cansa de paisaje a palo seco, rehusaría la flor que no pudiera disfrutar nadie más que él y el caramillo, la flauta, la gaita o la copla, si no contase con oídos ajenos. No logra la Naturaleza romper el mínimo de comunicación vital en los humanos.

Del futuro de la Agricultura, a caballo de la que va el amor del hombre a la Naturaleza, nos inquieta algo que en estos momentos está en juego: la metamorfosis que ha de sufrir el carácter de la relación del hombre del agro con el medio social y económico.

No podemos, en cambio, aceptar la tesis de Milhau y Monta-



gna, competentes economistas franceses, que sostienen que una catástrofe mundial —es de suponer la guerra atómica— destruiría la Industria, pero que ésta se repondría rápidamente, y no así la Agricultura, “porque, privados del trigo, sería muy difícil encontrar las especies salvajes de los bosques primitivos”. Creemos pueril este temor, porque si la simiente del trigo duro llega a perder el germen, no quedará hombre para la industria ni industria para el hombre. El trigo ha sobrevivido a cataclismos innumerables y ha visto morir a su lado muchas especies por falta de adaptación a los cambios de clima. El trigo es más duro que el hombre, es su alimento providencial, y está hecho para sobrevivirlo. También en las *Bucólicas* está vertida la angustia cataclismal. También la barbarie a escala de los tiempos asuela la campiña y viéndolo todo perdido se lamenta el poeta: “He aquí adónde llevo la discordia a los míseros ciudadanos. ¡Para eso sembramos nuestros campos! ¡Ingiere ahora los perales, Melibeo; pon en orden las viñas! ¡Idos, idos, cabritillas mías, hato feliz de un tiempo; ya no, cual antes solía, tendido en la verde gruta, de lejos os veré colgando del risco cubierto de maleza! ¡Canción ninguna cantaré, ni bajo mi pastoreo, cabritillas, rozareis amargo sauce ni cantueso en flor!”

Al cabo, las viñas fueron ordenadas y nuevas primaveras rompieron yemas.

DISCURSO  
DEL EXCMO. SR. D. JOSE MARIA PEMAN

Señores académicos:

Recibimos hoy en la Real Academia a Manuel Halcón y Villalón Daoiz: apellidos todos sonoros de prestigio. No de un puro prestigio estamental o genealógico, sino de un prestigio de resonancias varias donde se oyen los nombres de un pájaro altanero, de un poeta y de un héroe. Daoiz, el héroe de la Independencia; y Villalón, el cantor de lo único que permaneció del todo independiente después de esa malograda Independencia: que son los contrabandistas, los garrochistas y los toreros.

Manuel Halcón es uno de esos escritores que “caen” en la Academia como cae un sólido por la ley física de la gravedad.

La vida madrileña está toda ella asistida de una vistosa presencia de andaluces. He dicho vistosa porque no es que sean más o menos: sino que ofrece más visibilidad, porque colonizan los centros más públicos y neurálgicos. Por eso del tradicional corazón de Madrid, alimentado por esa coronaria que es la calle de Alcalá, decía la copla que “reluce — cuando suben y bajan los andaluces”. No es que sean más: es que suben y bajan. Porque venían a Madrid a pasearse. Y cuando luego, porque el oficio del campo se enredó de injerencias administrativas y estatales, hubo que venir a Madrid con otro aire de gestión, el subir y bajar hubo de interrumpirse hacia el mediodía para entrar en algún Ministerio: como decía aquel labrador bético, “porque está bien visto”.

Manuel Halcón ha sido el sevillano que vino a Madrid por donde se vinieron todos sus compañeros de aquel Colegio del Puerto Santa María que alguno llamó “el Colegio de los escri-

tores": Muñoz Seca, Jesús Pabón, Fernando Villalón, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti. Vino a subir y bajar, a vivir, a soñar. Y como por una fuerza de gravedad hubo de entrar en nuestra Real Academia, donde le esperaba una minoría sevillana, otra gaditana y un casi quórum granadino.

Porque se trata de un escritor "aparte"; sin fácil clasificación ni usadera tertulia. Como don Juan Valera, con el que ya empiezan las similitudes y paralelismos: "a la vez reconcentrado y mundano; viajero y amante de sus tierras natales", según definición de un crítico afamado. Un solitario sin desamor; y un sociable sin interés. Puede adornar una reunión mundana; pero es como una borla que adorna una cortina. Siempre me ha parecido que la borla discrepa y se ríe de la cortina que marginalmente exorna, como si dijera ¿para qué me habrán puesto aquí? Así está Manuel Halcón en la vida social, con unos ojos distraídos y melancólicos y una boca que parece que pronuncia hacia adentro el inacabable monólogo de la reticencia. No romperá ese círculo de su hermetismo para la friolidad. Lo romperá para la amistad. ¡Qué pena reveladora, y qué signo de nuestra enclenque solidaridad hispana, éste de que tengan desvalorización peyorativa las palabras de la comunicación cordial: el amigo; lo amistoso; el compadre; el compadrazgo; hasta la "recomendación", aunque la Iglesia se la haga a Dios para cada alma! Mientras, en cambio, empleamos para aupar y celebrar las cosas los adjetivos disolventes como "lo soberbio" y lo "envidiable". Parece que nuestra sociedad considera un peligro desintegrador las virtudes y un cimientito constituyente los pecados capitales.

Pero por todo esto la obra de Manuel Halcón tiene una de las más extrañas y raras cualidades que puede tener una obra literaria: la necesidad. Como aquellos versos que a fray Luis de León se le habían "caído de las manos". La crítica que jamás podrá hacerse de su catálogo de títulos es aquella de estilo teleológico que hacía, en París, un crítico musical: "Ayer en la sala Pleyel dio un concierto de piano Fulano de Tal. ¿Por qué?" Manuel Halcón tiene siempre su "porqué" ampliamente

contestado. Da la sensación de un hombre con su vida suficientemente llena por su propia vida. Un señor, un labrador, un lector, un meditativo, que luego, como una excrescencia tumoral, le sale esta necesidad biológica de complicarse la vida siendo además escritor, perturbando así al meditativo, al lector, al labrador y al propietario. Da la sensación de que Manolo Halcón escribe "cuando no puede más". Y por eso lo que escribe "puede" hasta el límite máximo del poder humano, personal y estético.

Por eso su catálogo de títulos es relativamente corto. Manuel Halcón considera indecente exhibición el hablar por hablar o el escribir por escribir. Y entre los dos excesos, todavía considera más punible el segundo. "Si tuviese dotes oratorias —ha dicho en alguna ocasión— simplemente para animar una tertulia, es seguro que no escribiría." No acabará nunca —ha dicho Jesús Pabón— la polémica entre los partidarios de la derramada abundancia y los de la depurada economía: entre el modo de Stendhal y el modo de Balzac; que se repitió entre nosotros entre el modo de Pérez de Ayala y el modo de Baroja o Galdós. Polémica estéril: porque discutir sobre estas mediciones de volúmenes es como discutir sobre fatalidades biológicas y fisiológicas: sobre estatura, temperamento, kilos o color de ojos. Pero en Manuel Halcón la parsimoniosa medida de la creación es una cuestión más profunda. Sus obras emergen, como sus palabras, del fundamental silencio andaluz. "Es muy callado": es la recomendación que abre camino en el campo andaluz al manijero o al yegüero que se ofrece. "No habla por no ofender": se dice en loor del silencioso, con escéptica valoración de la comunicación humana. El andaluz tiene el silencio para sus autenticidades; y la palabra para sus falseamientos. Es verboso, desbordado e imaginativo en el trato mercantil el mismo que para el amor es un contemplativo mudo junto a una muchacha a la que, al fin, al cabo de unos años, por todo madrigal, le dirá sobriamente: "Si te parece, podríamos ya ir comprando los muebles".

Como don Juan Valera en el ejercicio epistolar, Manuel



Halcón empezó a desperezar su prosa en diálogos de selecta intimidad. Una estancia en el sanatorio suizo de Davos fue para él lo que para Valera la legación de Nápoles, de la mano del duque de Rivas: la apertura al mundo, a la sociabilidad y la comunicación. Y desde entonces, alternando con algún artículo o ensayo, empieza esa exigente lista de títulos, arrancados, uno a uno, a la necesidad creadora, y por lo mismo halagados por el no buscado aplauso y la menos solicitada gloria oficial. De premio a premio ha caminado la obra halconiana como de sol al sol un toro bien plantado que cruza la marisma. Premio del Ateneo de Sevilla, la primera: *El hombre que espera*; Premio Nacional de Literatura, la última: *Monólogo de una mujer fría*. Y entre esos puntos todas las demás: premios del general aplauso, de la edición abundante, de la carta íntima y emocionada. Premio de la crítica solvente y del resentido malhumor.

Su biografía novelada de Fernando Villalón —*Apuntes para la historia de una familia*— se la exige su sangre y su tierra. Villalón era su primo: y fue otro artista de la necesidad inevitable, autodidacto formado en el denso bachillerato del cante andaluz, que acabó haciendo versos de vanguardia porque así se lo exigían las coplas que había oído desde su mocedad y que son también vanguardismo y aun ultraísmo de lo popular. Ni Villalón, ni el mismo Góngora, pudieron inventar algo tan rebuscado como llamar “buey de agua” a la que discurre lenta y premiosa por el canalillo o acequia del regadío: metáfora de vanguardia que no es más que un término popular usadero en la técnica hidráulica de Andalucía.

Pero el trato de las campiñas y los caballistas de su *Villalón* le exigió imperativamente a Halcón una creación autónoma e imaginada de las mismas figuras sobre el mismo fondo. Las *Aventuras de Juan Lucas* son el romance de la Independencia vista desde la sierra y la campiña. Era siempre la exigencia, la necesidad de la sangre. Con su anterior libro había quedado cumplido con su primo Villalón. Ahora con éste quedaba cumplido con su abuelo Daoiz.

Pero se había acercado demasiado con todo esto al campo andaluz, y el novelista había sido alcanzado por su onda espesa y captadora, llena de olores elementales. El campo le reclamaba el protagonismo de sus nuevos libros: y ya *Los Dueñas* es el poema, no del campo pura y simplemente, sino de la finca, heredada como una responsabilidad: madre, hija y cónyuge del amo. El mismo Halcón ha confesado, y cualquier lector atento lo advierte, que a partir de *Juan Lucas* no ha vuelto a describir sus personajes, sino que es el medio campesino el que fragmentadamente, rasgo a rasgo, los va describiendo. El campo no se está ya detrás de ellos, como en los cuadros clásicos, sino que es él el que los pare, los viste y los anima. El campo fue didáctico en las *Geórgicas* como lo fue la Física en *De Rerum Natura*. Afortunadamente se inventaron unos libros fríos y pesados que se llevaron y sorbieron para sí toda la carga didáctica y dejaron al campo o las fuerzas de la Naturaleza libres de compromisos profesoriales. Desde entonces el campo se pudo entregar al artista en plena autonomía estética. Halcón pudo hacer con la campiña lebrijana esa operación misma de belleza y rescate frente a los tenebrismos de moda que realizó el verso de Juan Ramón Jiménez con los pinos y las flores de Moguer, frente a los castellanismos pesimistas o sociológicos, tan del noventa y ocho, de Antonio Machado.

Ni se crea que esto supone el colocarse frente al campo en una beata posición contemplativa y esteticista. El campo para el labrador no es paisaje. El paisaje es una síntesis que se escribe luego y luego se pinta. El campo para el labrador, como para el novelista Halcón, a mil leguas de las descripciones académicas, bucólicas o arcádicas, es fragmentación y detalle, análisis racional y sumisión de objeto. El campesino aparece incluso —como acaba de decirnos Halcón— cruel y displicente frente al campo, al que riega con la química herboricida, robándole el adorno morado y rojo del poleo, el conejito, la biznaga y la amapola. Pero todo lo que le quita de adorno yuxtapuesto, de caireles y perifollos, lo recobra en desnudez matrimonial y antropomórfica. Le basta a Halcón la verdad para

la belleza. La bioquímica y la edafología se hacen canción en su prosa: "El campo de Mairena —ha escrito— es más sonriente y el agua dulce abundante es madre de muchos olores y sabores que no hay en el de Lebrija. Pero la tierra lebrijana es tan fuerte, tan bronca, tan verdadera, que se la ve trabajar, empujar a los vivos, absorber a los muertos, con una serenidad de abismo. El campo de Lebrija es grandioso. No hay árboles, por el salitre; pero no hay árboles también porque la tierra no admite adornos que duren más de un año. Es tan fuerte que cría y mata a los siete meses".

Porque el campo se hace humanismo, para el que humanamente lo contempla y sobre todo lo trata. El vocabulario se hace intercambiable entre la vida y la materia. La flor se aburre; el trigo presume; la lluvia se acobarda. La circulación y prestación de metáforas se hace ancha y abierta en su homérica elegancia primaria. Los ojos de Minerva son, para Homero, como los de una yegua; y la voz de su esposa le suena al Peribáñez de Lope como el relincho de su caballo. La obra del hombre se hace síntesis fácil con la obra de la Naturaleza. El estanque del Retiro en plena ciudad parece siempre un embalse; pero el embalse de Guadalcaçín, en pleno campo, parece un lago en el que no desentonarían ni Elvira ni Lamartine. El campo hace pronto las paces con la técnica: y encaja en su armonía estética el silo, el tractor o la cosechadora. Como la estética, que no ha podido con los cajones urgentes y baratos de las viviendas urbanas, ha redimido con cales y con flores los poblados quinterianos y utilitarios del Instituto de Colonización. Todo el campo halconiano en *Los Dueñas* o en *La mujer fría* tiene tibieza de hogar. Se comprende porque ya Spengler dijo que únicamente la casa campesina era hogar: es decir, núcleo familiar con el fuego como centro de cohesión. No pueden serlo esas casas urbanas con cocina común o "sin derecho a cocina". Es decir, sin fuego. Casas que despiden y desparraman a la familia, y de las que, produciéndose la misma evolución primitiva de la estabilidad agrícola a la trashuman-



cia comercial, vuelven a salir los transeúntes urbanos que son los nuevos "nómadas". Esos que no saben caer verticalmente del trabajo en la distensión física del sueño, la siesta, la risa, el chiste aristofánico o el trago rabelesiano, sino que se van en busca del bar, el deporte o el cine, donde encontrarán otra vez la misma sobreexcitación del trabajo que pretenden equilibrar.

Por eso se comprende que Halcón no alterne como términos separados, según la usanza académica, la descripción del paisaje y la descripción del hombre. Todo es uno como en una especie de panteísmo literario. Halcón supone que un campesino bético, ante los cuadros del Museo del Prado, se desentendiende de los paisajes, y se interesa únicamente por las figuras. Es vicioso esteticismo pensar que la soledad campestre basta a la sociabilidad humana. El campo es una fuerza formada de hombres. El hombre es lo importante: lo que se ama, lo que se teme, lo que asombra. Se ha referido el caso de aquel campesino bético que, en horas de revolución, llevaban a fusilar. Iba animoso, derecho y gallardo. Lo único que pidió es que no lo fusilaran en el cementerio. No le temía a la muerte. Pero le temía a los muertos. Es el hombre lo que importa. Porque el hombre es la última cosecha del campo. Cuando se termina de leer el apasionante *Monólogo de una mujer fría* uno se da cuenta de que conoce como seres vivos a sus personajes y uno se da cuenta de que Halcón no nos los ha descrito. Uno está seguro de que el protagonista tenía que ser moreno, de tanto como lo hemos visto al sol. Los ojos, de ese negro líquido que tienen los voluntariosos. La boca sensual porque gustaba de aquel modo los sabores de la comida y el amor. Mediado de estatura, puesto que se subía tan sin embarazo al caballo. Recogido de cintura como tan ágil entre los árboles. Le conocemos así; le vemos. No es que el autor nos lo haya descrito así. Es que así lo ha exigido el campo.

Secuela de todo este modo de hacer sus novelas es el modo de decirlas. Estilísticamente Manuel Halcón está dentro de la misma característica andaluza de Valera, de Juan Ramón, de Lorca, de Aleixandre: invasión de todo realismo, de toda no-

vedad, de toda densidad cultural y al día, sin arriar la bandera de la belleza.

El lenguaje de Manolo Halcón empieza en sus ojos y le llega a la pluma dando un discreto rodeo por libros. Es pavorosa la cantidad de neblina libresca y abstracta que se había interpuesto en el hombre culto moderno interceptando la comunicación directa del hombre y la cosa. En la pintura se advierte. Fue precisa la fotografía instantánea para que pudiera reproducirse el movimiento de los animales con la precisión gráfica con que lo hacían los pintores rupestres de Altamira. Sus bisontes se mueven mejor que los caballos de Velázquez, que son mucho más conceptuales, y caracolean, más que como un normando auténtico, como una enfática alusión de gloria. El modelo directo del retrato ecuestre de Felipe IV son los sonetos de Quevedo. Ese mismo declive de visión se advierte en el habla. Donde dice el hombre culto actual "injuriar" o "insultar" con prosa de papel de oficio, decía el clásico "poner cual chupa de dómine" o "poner cual no digan dueñas", hablando con los ojos y sustituyendo los verbos con demorados cuadritos de género y color.

El hombre había perdido las cosas. Se cuenta que un gran poeta modernista, paseando por el Retiro con don Ramón del Valle Inclán, le preguntó qué eran aquellas plantas que aparecían flotando en un estanque. "Señor —le contestó don Ramón—, éstos son los nenúfares que cita usted tan a menudo en sus poemas." Es la luz y la visibilidad campesina la que ha llevado a Halcón a ese grafismo carnoso y abundante de su lenguaje. Se cuenta también que en una prueba de atención —un *test* como ellos dicen— de una escuela aeronáutica americana fue suspendida media promoción porque no supieron decir si los novillos y las vacas tienen los cuernos delante o detrás de las orejas. Halcón lo sabe perfectamente. Este es un secreto que nos transmitimos reservadamente los escritores que tenemos contacto con el campo, y con el que nos desquitamos un poco de lo mucho que saben los demás del pulso de las cosas, del río de la noche y de la voz del silencio.

Halcón sabe torrentes de olores, hierbas, flores, perfumes. Sabe de metáforas hechas nombres, como el "pie de amigo", que es la estaca que sostiene el árbol o la cepa, o hechas verbos como el "limonear de los trigos" cuando ya pintan entre verde y amarillo. En cuanto puede, Halcón se sale de la carretera asfaltada del habla urbana y se va por la trocha de sus retahilas arábigo-andaluzas: la arveja, la zancuda, el conejito, la nea, la zarzamora. Así también Valera se enjuaga la boca con la nómina de la dulcería bética: almendrados, alfajores, hojaldres, pestiños. Así Juan Ramón Jiménez perdía un crepúsculo enganchado en la delicia fónica del "almoradú". Pero todo esto conocido, sabido y definido. A mí me recuerdan estos estilos a la pintura de Cézanne, que, como quien sale de un cuarto oscuro, cargado de pesadas penumbras intelectuales y escolásticas, va reconociendo a tientas el jarro, la taza, el florero, la mesa, la silla... Son pequeñas génesis artísticas que recobran mucha creación divina, sepultada y desecada, desde siglos, bajo la pedantería humana.

Por eso sintácticamente el estilo de Halcón, como tantas veces el decir andaluz, se caracteriza por el protagonismo del nombre sobre las otras partes de la oración. Decía Jean Cocteau que el arte de Góngora y su sintaxis consiste en hacernos tropezar con los nombres de su predilección. Si usted quiere, dice Cocteau, que admiren su butaca de tapicería, sáquela de su sitio y póngala en medio del cuarto. Así Góngora, para que tropiecen con ella, carga el acento sobre la palabra más lujosa de sus endecasílabos. "En campo de zafiros pauce estrellas". El zafiro queda montado sobre el acento como sobre un engaste. Esto es volver a humedecer el habla en su primer movimiento creador. El niño empieza a hacerse entender manejando instintivamente solos sustantivos: "nene, papa"; le bastará sin más verbos para pedir de comer. Como el extranjero, con urgencia de comunicación, dirá: "Mí querer ver museo". Tiene conciencia de que puede falsear el pronombre y el verbo, con tal de que conserve la exactitud del sustantivo. Puede decir "mí" por



“yo” y conjugar en infinito su querer. Lo que no puede es decir “perro” o “jardín” en vez de “museo”, porque entonces no logrará su objetivo. Lo mismo el andaluz echa por delante muchas veces el sustantivo, aunque sea complemento en la ordenación gramatical. “Las rosas a mí me gustan”. “Mi madre, pasará yo a recogerla”. Halcón usa mucho esa cortesía sintáctica que hace pasar por delante la madre o la rosa. Porque él es, ante todo, millonario de sustantivos. Creo que los escritores vascos suelen serlo de verbos. Habla mobiliaria, circulatoria. Los escritores andaluces suelen estabilizarse en los nombres. Habla de terratenientes.

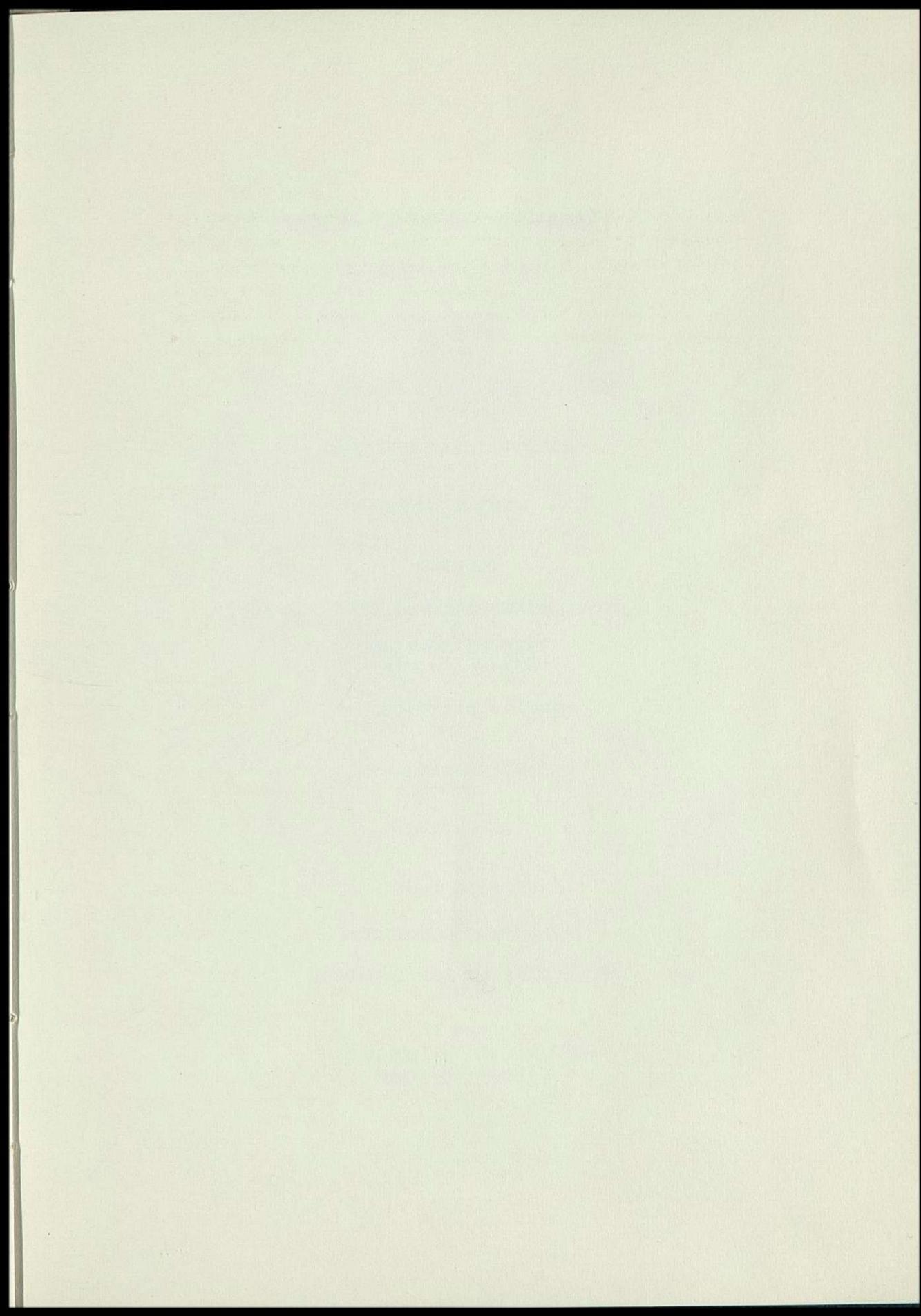
No querría que nada de cuanto llevo dicho pudiera dar una sensación de superficialidad o puro esteticismo en la obra de Halcón. Las novelas de Halcón tienen gran hondura psicológica: no como la tienen los hoyos que se oscurecen en profundidad, sino como la tienen los valles que exhiben al sol sus cercos, casas, acequias y norias. Su “mujer fría” es una de las creaciones de mujer más totales de la novelística contemporánea. Ayudada con mucha menos peroración que la *Pepita Jiménez* de Valera; definida con menos accidentalidades características que la *Sotileza* de Pereda; clasificada menos sociológicamente que la *Regenta* de Clarín, Anita Peñalber es un monólogo solitario que, a cuerpo limpio, nos dice cómo es diciéndoselo a sí misma. “Hoy me siento guapa” son las cuatro primeras palabras del libro. Hemos conocido en la literatura cientos de mujeres guapas. Los autores nos lo han asegurado descriptivamente: y sus galanes obran en consecuencia. Pero ésta de Halcón es la novela de una mujer que “se siente guapa”. Y todo lo que le pasa, le pasa en función de su guapura subjetiva. Desde el primer renglón ella nos roba la novela, y se la lleva a su cuarto, a su finca, a su sensualidad y a su mente, para hacérsela a su gusto con toda la autonomía y la verdad insolidaria de un “ser”. ¡Esa palabra estremecedora donde se cierra el círculo de la creación, y subsidiariamente el de la sintaxis, porque es donde el verbo se cuaja en sustantivo!

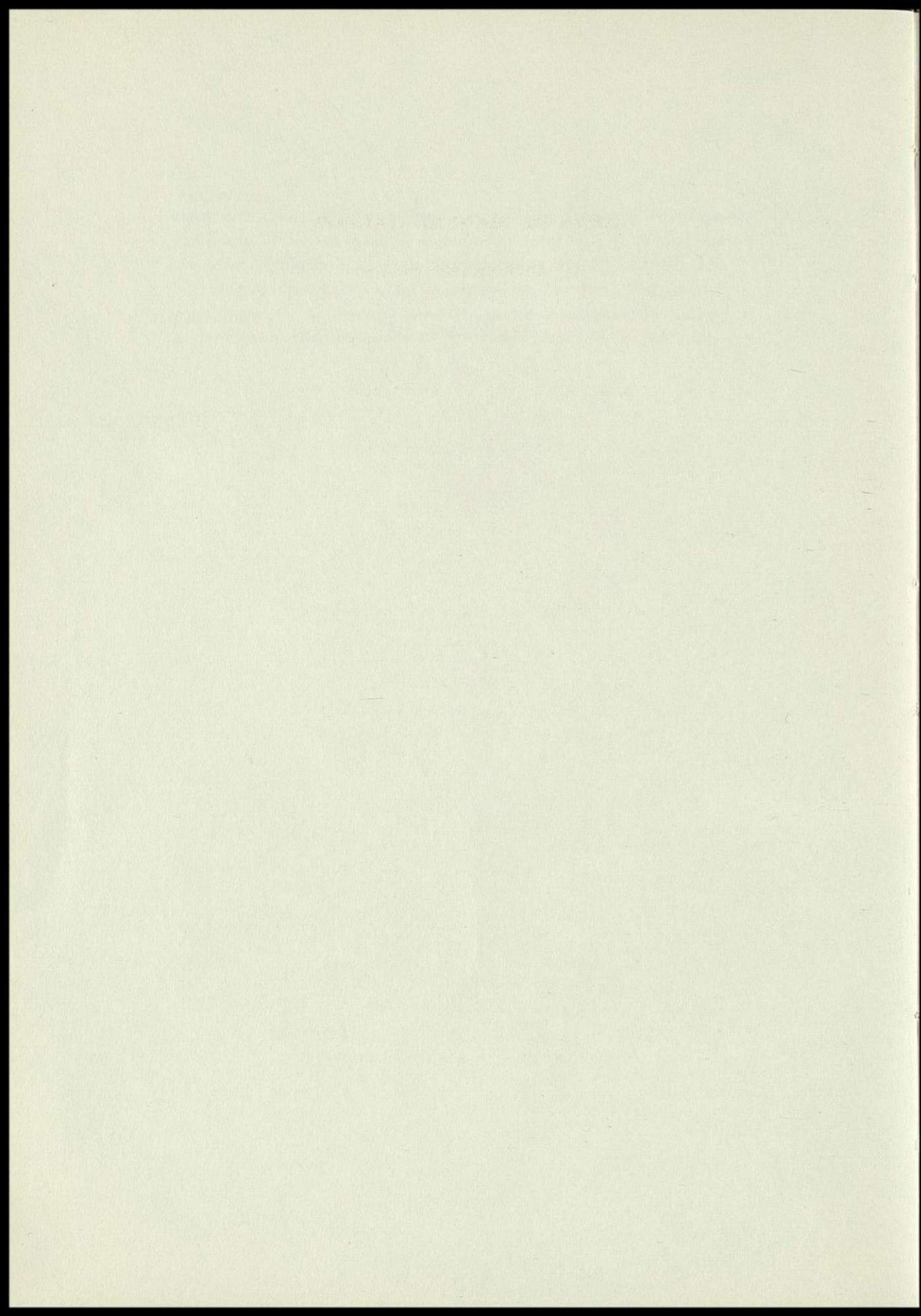
Todo esto coloca a Halcón, el solitario, el señor, el escritor "aparte", en una posición arriesgada y casi desafiante en las letras actuales. Ha hecho una novela de señores y ha pintado un campo de Registro de la Propiedad. "Mis compañeros —escribe— de oficio se han ido de manera resuelta al "miserialismo"... Alguien tiene que quedarse en la cola para presentar a un pequeño grupo de personas orgánicamente sanas, con capacidad legal suficiente". Es un espejismo que se parece a la moda ése de querer hacer arte programáticamente social. No es "fuerte", sino blando, ese ceder al miedo vociferante de una época. Los que sufren de verdad tiran al segundo párrafo esos libros donde se les recuerdan —o, lo que es peor, se les falsean— sus dolores y sus infortunios. Tan retórica era la novela pastoril cuando todo había de pasar en una Arcadia primaveral y feliz, como la novela tremendista cuando todo ha de pasar en un suburbio donde todavía no ha llegado el alcantarillado. Tan dómine era Boileau cuando prohibía al poeta un centenar de palabras gruesas y malsonantes, como el escritor que supone que ese centenar de palabras son las primeras que deben escribirse en cada novela o cada drama. Los tacos y las palabras escatológicas están bien en su momento y en su sitio. Echarlas metódicamente por delante tiene algo de exhibicionismo. Algo de la puerilidad del primer cigarrillo para parecer hombre; o del afectado gusto del homosexual por pasearse y dejarse ver con mujeres vistosas. *Explicatio non petita.*

Esa posición de Halcón requería la justicia de la Academia, porque él es sustantivamente académico. Cuando nuestro tan citado Valera ocupaba esa posición de señorío, de aristocracia, de humanismo, aunque ya empezaba a estar objetado por grandes corrientes revolucionarias, no estaba aún del todo desasistido. Todavía eran el clasicismo y la depuración valores cotizados. A su lado tenía Valera al cíclope de los críticos de la hora, Menéndez Pelayo, y él arrastraba a los Cañete, Bonilla, Clarín. Ahora Halcón —y yo sé algo de eso— lucha en fortines acorralados y cercados por el desdén traficante. La Academia, al abrirle sus puertas, le concede un poco "derecho de aislo": refugio

contra silencios, pretericiones; equilibrio frente a cotizaciones falseadas. Por esa puerta que le ha abierto a él se ha colado un olor saludable de tierra, flores, sementeras y humedades.

Hoy ha entrado en la Academia la Verdad; y a la puerta, para tirar de ella hacia adentro, para rescatarla de tanto falseamiento atmosférico, ha salido para recibirle la Justicia.







## **OBRAS DE MANUEL HALCON**

**EL HOMBRE QUE ESPERA**

(novela)

**FIN DE RAZA**

(cuentos)

**RECUERDOS DE FERNANDO VILLALON**

(biografía)

**AVENTURAS DE JUAN LUCAS**

(novela)

**SALTO AL CIELO**

(teatro)

**CUENTOS**

**LA VUELTA AL BARRIO DE SALAMANCA**

Y

**LOS PASOS DE MARY**

(artículos, conferencias)

**LA CONDESA DE LA BANDA**

(teatro)

**LA GRAN BORRACHERA**

(novela)

**LOS DUEÑAS**

(novela)

**NARRACIONES**

**FOTOGRAFÍAS COMENTADAS**

**MONOLOGO DE UNA MUJER FRÍA**

(novela)

En prensa:

**EL POETA EN LOS NEGOCIOS**

(Cuatro conferencias.)

